

El marco político de una derecha sin partido

FERNANDO LOPEZ AGUDIN

AUNQUE el I Congreso de Unión de Centro Democrático, que se desarrolla a lo largo de esta semana, haya venido siendo sistemáticamente aplazado desde el pasado mes de febrero, su realización es completamente prematura. Los debates pendientes que anidan en este colectivo político no pueden aún aflorar a la superficie porque a su vez están pendientes, valga la redundancia, de que se despejen una serie de incógnitas políticas entre las que sobresale la incertidumbre sobre la convocatoria de elecciones generales.

Así esta reunión política va a pasar sin pena ni gloria. Va a suponer, eso sí, un serio paso adelante en el proceso de consolidación de estas siglas como marco político en el que la derecha dirime sus querellas, acompañado de una total indefinición en el plano ideológico, político y teórico. Es decir, después de su celebración, UCD va a parecerse algo más a un partido sin llegar a ser todavía un partido. De ahí el carácter extraño de un congreso de una organización partidista que no acaba de cuajar en partido.

Porque otra vez más se comprueba que todo congreso lo gana quien lo organiza. En este caso su principal organizador, el actual presidente del Gobierno, es el natural y lógico vencedor al continuar siendo considerado como árbitro de todas las tendencias de la derecha democrática y al mantener a UCD en su inicial abstracción. Sólo la continuidad de esta inconcreción es lo que le permite conservar su poder. Cualquier escoramiento hacia una de las posiciones en pugna, independientemente de que podría suponer su desplazamiento, limitaría considerablemente su amplio margen de manobra.

En este sentido este Congreso es el resultado de una batalla política pasada —la salida de la dictadura—, pero no es el desenlace de la batalla actual, que acabará con la real vertebración de un partido político de la derecha civilizada. Es una reunión que mira hacia atrás —la

victoria de los azules en el proceso reformista— y que no puede mirar hacia adelante porque no todas las alternativas internas conducen al mismo tipo de democracia. Es en esta dirección que se perfila con nitidez su carácter prematuro al no poder ser, como lo es cualquier congreso de cualquier organización, el resultado de la pugna en el seno de la derecha española.



Dos de las alas de Unión de Centro Democrático: socialdemócratas (Fernández Ordóñez) y demócratacristianos (Álvarez de Miranda).

Incluso su misma convocatoria obedece a esta lucha en un doble sentido. De un lado es un claro reclamo publicitario de cara a las próximas elecciones generales y municipales, intentando frenar e invertir el deterioro electoral que indican todos los sondeos; y, por otra parte, es un no menos evidente intento de ganar legitimidad democrática antes de que la batalla interna desembogue en una confrontación abierta. Ello, que es lógico y coherente en función de los intereses de casta de la fracción azul que domina las siglas, contribuye a aumentar la crisis que en el plano político sufre la derecha.

La ofensiva demócratacristiana

Sobre todo porque, además, la realización del Congreso únicamente-

te va a servir para agudizar las contradicciones internas en el seno de Unión de Centro Democrático sin facilitar uno u otro tipo de salida. En la medida que se desarrolla esta reunión no va a ser más que el escenario de una lucha sorda entre los azules y los demócratas —por la política de alianzas a practicar en la nueva fase de la consolidación de la democracia— y entre moderados

y progresistas —por sus planteamientos ante las opciones económico-sociales—.

Los azules, también denominados "seuistas" y autodenominados independientes, van a intentar frenar la importancia ofensiva demócratacristiana, que trata de adecuar el marco de la UCD a lo que España hubiera podido ser un partido UCD. Cerca de la mitad de los mil setecientos ochenta y cinco compromisos pueden ser adscritos, en mayor o menor grado, a esta amplia familia ideológica que va a presionar, esencialmente, en las dos comisiones claves de las once que van a debatir los planteamientos programáticos: ideología y economía.

Es precisamente en estos dos campos que el sector demócratacristiano presenta batalla contra el pragmatismo ideológico de los azu-

les y las propuestas económicas del minúsculo pero influyente grupo socialdemócrata de Francisco Fernández Ordóñez. Hay que tener en cuenta, como ya ha señalado la prensa diaria, que el documento ideológico final va a estar mucho más cerca del borrador del comité ideológico, en el que es visible la influencia demócratacristiana, que del boceto de la Secretaría de Formación, en manos del socialdemócrata Luis Gamir, nuevo secretario de Estado de Seguridad Social.

Asimismo en el plano internacional, planteando la entrada en la Internacional Demócrata Cristiana y contando con la presencia de numerosos invitados extranjeros de esta ideología, y, en el plano orgánico, reclamando determinado porcentaje de puestos en el Comité Ejecutivo y en el Consejo Político, para los que cuenta con un potencial de cuadros superior a las posibilidades del Opus (socialdemócratas) o del SEU (azules), la democracia cristiana va a conseguir hacer notar visiblemente su importante presencia.

Sin embargo, hay que señalar que esta ofensiva marcha con los dos pies cojos. La desunión de sus propios núcleos y la ausencia de una alternativa política a la de los azules, mantenerse en el poder sea como sea y al precio que cueste, o a la de los socialdemócratas, que tienen perfectamente delineada una línea económica que pasa por el compromiso político con Adolfo Suárez o con Felipe González. Porque los demócratas cristianos, al aparecer como deseosos de controlar las siglas sin que se sepa para qué, pueden volver a repetir los mismos errores que llevaron a la democracia cristiana al desastre electoral del 15 de junio: carecer de una estrategia política propia.

El "stop" de los azules

Máxime cuando la fracción azul demuestra una enorme habilidad política al servicio de su conocida



Momento de la firma, en mayo del 77, de la coalición de Unión de Centro Democrático

estrategia de continuar en los puestos gubernamentales. Así aprovechará la distribución de cargos entre las distintas tendencias para introducir nuevas cuñas en el interior de cada una de estas familias. Al igual que ayer Francisco Fernández Ordóñez, Fernando Alvarez de Miranda y Joaquín Garrigues perdieron a sus segundos respectivos —Arturo Moya, Iñigo Cavero y Antonio Fontán—, hoy las nuevas designaciones provocarán nuevas separaciones en las figuras de los tercetos y cuartos de cada líder de una de las tendencias en cuestión.

Es fácil comprender que si el presidente de la comisión ideológica es un conservador, el del Congreso un neutral, el secretario general un socialdemócrata o la declaración programática es de contenido democristiano y el programa económico de formulación socialdemócrata, aumenta el poder arbitral del principal líder del partido. Es decir, se mantienen las condiciones para que la derecha continúe siendo representada políticamente a través de la misma forma que durante la dictadura: un grupo de funcionarios estatales que arbitra las pugnas entre los distintos sectores políticos genuinos como ayer arbitaban las pugnas de los diferentes grupos de presión: Opus, santa casa, Acción Católica, Falange, etc.

Consecuente con esta concepción política, versión actualizada

del anterior movimiento nacional —la Administración como partido político de "facto" de la derecha—, se desprende lógicamente la necesidad de no abordar el debate ideológico-político que tiene pendiente el bloque social de la derecha para acabar perfilando un verdadero partido político. Esta "stop" azul es vital para la propia supervivencia de quienes lo organizan y es la continuación de la vieja pugna en el seno de la derecha, mantenida a lo largo de toda la transición, en torno a si es necesario o no cambiar de personal político al mismo tiempo que se cambia de formas estatales.

"Stop" que va a manifestarse también en un previsible reforzamiento de las atribuciones de la línea de mando —el Congreso de UCD va a funcionar según las reglas de la concepción más peyorativa del centralismo democrático— en detrimento de las tendencias que trabajan para hacer de UCD algo más que un marco de discusión en el que el centro de decisión se les escape por completo. Sólo funcionando en un sentido restrictivo y limitando la libertad de debate y reflexión —circunscribiendo la lucha al círculo vicioso de la conspiración— puede retrasarse un proceso de clarificación que puede suponer, ni más ni menos, que la desaparición de una determinada casta política. O en otros términos, el triunfo de un partido político.

¿Qué derecha interesa a la izquierda?

No hace falta decir que esta situación no es ningún dato favorable para la consolidación del proceso democrático y, ni siquiera, para los intereses de la izquierda, que pasan, fundamentalmente, por encontrar un interlocutor auténtico, genuino y viable, que represente los intereses del bloque sociopolítico hegemónico sin necesidad de intermediarios burocráticos que dificultan seriamente la relación política al no acabar de ser reconocidos totalmente por la base social a la que sirven. Esta pronunciada cojera política hacia la izquierda, en nuestro país no hay más partidos que los dos de la izquierda parlamentaria, no favorece a nadie y perjudica, sobre todo, a la misma izquierda.

El que la derecha continúe siendo dirigida por unos funcionarios estatales, en lugar de ser representada por un partido político, es y va a continuar siendo un importante factor de inestabilidad por cuanto se ignora hasta qué punto estos burocratas, que cumplieron su papel tanto en la dictadura como en la transición, pueden cumplirlo en la actualidad. El mismo miedo electoral de los azules, que es distinto de la inquietud de las tendencias de UCD por la degradación de su imagen electoral, es profundamente

sintomático porque en un sistema democrático es muy fácil detectar si esta duda es o no bastante razonable. Las apelaciones al interés nacional por encima del de los partidos, las diatribas contra el despliego electoral, la insistencia en que hay que ocuparse menos de política y más de economía, parecen esconder un clarividente temor político por el futuro propio y, en absoluto, por el de la derecha.

Demasiado tiempo ha estado la derecha sin organización política, lo que explica el increíble encumbramiento de personas supuestamente representativas como las que formaban parte del coro de la Junta Democrática o los actuales azules, para que continúe, por numerosas razones, persistiendo tal ausencia. Si por encima de Felipe González o de Santiago Carrillo existe un partido, hace falta rápidamente que por encima de los azules exista también un partido de la derecha. De ahí que no sea buena noticia este prematuro Congreso. Después de tantas demoras y aplazamientos, mejor hubiera sido, desde un punto de vista democrático, postergarlo a la realización de las elecciones generales. Así, lo que hoy es una pura operación de "marketing" sería un clarificador debate político. Al no ser así, sólo se puede decir que UCD continúa siendo el marco político de la derecha democrática, pero no es todavía el partido que acabará siendo. ■